

teología. Lo que Bossuet llama grandeza incomprendible de María, su maternidad divina, se apoya en testimonios que á los ojos del buen sentido no tienen valor alguno, y á los de la crítica no merecen confianza ninguna.

Si hemos de atenernos á los últimos resultados de la crítica protestante, hay que creer que el Evangelio de San Marcos es el que nos ha transmitido la tradición más antigua acerca de la enseñanza de Jesús y las creencias de sus discípulos. Y en ese Evangelio no se encuentra la leyenda del nacimiento milagroso de Jesús, prueba cierta de que era desconocida en los primeros tiempos del cristianismo, lo cual basta por sí solo para quitarle toda autoridad. Hay más: según el Evangelio de San Marcos, la Madre de Jesús no desempeña papel alguno en la vida de su Hijo: no cree siquiera en él, ni más ni menos que el resto de la familia. Hé aquí los únicos pasajes en que se habla de María. Después de haber contado los milagros de Jesús, el Evangelista añade: "Lo cual, habiendo llegado á oídos de los suyos, vinieron para apoderarse de él, porque decían: Ha perdido el juicio.", Los escribas le acusaban de estar poseído del demonio. "Su madre y sus hermanos vinieron y le enviaron á llamar; estaba entonces el pueblo sentado á su alrededor, y se le dijo: Ahí fuera están vuestra madre y vuestros hermanos que os buscan. El les contestó: ¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos? Y mirando á los que estaban sentados á su alrededor, dijo: Hé aquí mi madre y mis hermanos," (1). Más adelante cuenta San Marcos que los judíos se admiraban de que el nuevo profeta fuese nada más que el *Hijo de María*, un hombre de su condición á quien sólo conocían como carpintero, y cuyo origen no respondía á sus esperanzas mesiánicas. Jesús les dijo: "En ninguna parte es menos honrado un profeta que en su país, entre sus parientes y en su casa.", Tales eran las creencias de la cristiandad primitiva; y entre esa tradición y la mitología que han inventado los teólogos media un abismo. Según el Evangelio de San Marcos, Jesús es un profeta que nada sabe de su pretendido origen divino, é ignora que su Madre sea la Esposa del Espíritu Santo y la de Dios Padre. Nuestros teólogos, por el contrario, dan omnipotencia á María sobre Jesucristo, Hijo de

(1) SAN MARCOS, III, 21, 31-34.

Dios y Dios mío. El profeta Jesús tiene poco respeto á su Madre, lo cual se comprende: mujer ordinaria, no comprendía nada de la misión de su Hijo. Sin embargo, es un punto de fe en el catolicismo que su concepción milagrosa la fué anunciada por un mensajero celeste. ¿Cómo se concilia ese prodigio inaudito con la conducta de María? ¡Qué! ¿una mujer á quien el ángel Gabriel ha declarado que ella daría á luz al Hijo de Dios no cree en ese Hijo y le trata de insensato! ¡Insensatos son los que, con desprecio del buen sentido, han imaginado la leyenda de la Anunciación! Y más insensatos aún los que confunden la religión con esas supersticiones absurdas!

La fábula de la Anunciación se funda en los testimonios de San Mateo y de San Lucas; pero la crítica los rechaza. Dos testigos deponen de un mismo hecho; se contradicen en todos los puntos. El uno dice: un ángel apareció á María, y el otro dice que apareció á José. ¿Se dirá que los evangelistas cuentan apariciones diversas? Entonces ¿por qué no las refieren ambos? En realidad, es tan imposible admitir dos como no admitir más que una. ¡Cómo! ¡María recibe la visita de un ángel, sabe que va á estar alumbrada por el Espíritu Santo, y oculta ese hecho á su desposada! ¡Es necesaria una nueva aparición, un nuevo mensaje de Dios para tranquilizar á José! Pero ¿para qué insistir en las contradicciones de los dos Evangelistas? La leyenda se apoya en la misión del ángel Gabriel, lo cual basta para enviarla á la región de la mitología (1). Y ¿cosa curiosa! los mismos San Mateo y San Lucas olvidan completamente el milagroso origen de Jesús; no vuelven á hacer la menor alusión á él, le llaman *hijo de José*, hablan de sus parientes naturales, y no vuelven á decir una palabra ni del Espíritu Santo ni de Dios Padre. Más aún: refieren uno y otro una larga genealogía para probar que Jesucristo descende de David. ¿Cabe que un hombre que tenga sus cinco sentidos cabales pueda creer que Jesús tuviese á la vez por padre al Espíritu Santo y por antecesor á un rey de Israel?

La conducta de María, tal como los evangelistas la presentan, no sería menos inexplicable si realmente hubiese recibido el mensaje celeste de

(1) Véase la crítica detallada de la leyenda en STRAUSS, *das Leben Jesu, kritisch bearbeitet*, t. I, p. 173 y siguientes.

que hablan San Mateo y San Lucas. Cuando el niño Jesús fué presentado al templo, se dice que Simeón profetizó los grandes destinos del Mesías; y puesto que habían tenido una revelación divina, sus padres debían saber más que Él; sin embargo, según San Lucas, "su padre y su madre admiraban las cosas que se decían de Él," (1). ¿Han admirado una cosa que sabían por la primera vez? Entonces la Anunciación es una fábula. ¿Sabían ya lo que Simeón predica? Entonces, ¿por qué se admiraban? A los doce años, Jesús se detiene en el templo en vez de acompañar á sus padres; María y José vuelven á Jerusalén para buscarle. Él les dijo: "¿Por qué me buscáis? ¿Ignoráis que es necesario que yo me ocupe en las cosas que son de mi Padre?", Y ellos no comprendieron nada de lo que les decía, prueba de que la profecía de Simeón, lo mismo que la Anunciación, son leyendas imaginadas mucho después de que Jesús comenzó á ser considerado como un personaje divino. San Lucas añade "que su Madre guardaba todas esas cosas en su pecho," (2). Parece que la impresión no fué muy profunda, puesto que no creyó en su Hijo y le tuvo por un insensato cuando comenzó á evangelizar.

Los escritores católicos tienen una historia tan fabulosa como la de la Anunciación concerniente á la Virgen. Según ellos, "María siguió por todas partes á su divino Hijo," (3). Hé aquí otro golpe atrevido de los nuevos evangelistas: no les bastaba alterar la doctrina, necesitaban reemplazar los hechos con piadosos fraudes. Pero los hechos están consignados en Escrituras tenidas como la palabra de Dios. María, lejos de seguir á Jesús, rara vez figura en los relatos evangélicos (4). Si no creía en su Hijo, ¿cómo le había de seguir por todas partes? Se cita á San Juan para probar que María asistió al suplicio de Jesucristo. Las bellas artes han inmortalizado esa escena; pero, como muchas veces sucede, los artistas han celebrado una ficción. El testimonio de San Juan no tiene ningún valor histórico; está contradicho por los sinópticos. Cierto que había un pequeño grupo de mujeres, no al pie de la cruz, sino á cierta distan-

(1) SAN LUCAS, II, 33.

(2) SAN LUCAS, II, 42-51.

(3) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 213.

(4) Expresiones de un escritor francés (ERNESTO HAVÉ, *El Evangelio y la historia*, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1864, tomo III, p. 590).

cia, *lejos*, dicen los Evangelios: más valerosas y más devotas que los apóstoles, no abandonaron á su querido Maestro; los sinópticos las nombran, pero no mencionan á María. Y la ausencia de la Madre se comprende perfectamente; hubiera sido necesaria una fe ardiente en la misión de su Hijo, para acompañarle hasta el pie de la Cruz, y su Madre no tenía esa fe (1).

Todavía hay un apóstol, el más grande entre todos, que atestigua contra la historia inventada por los escritores católicos. San Pablo fué contemporáneo, y debía saber todo lo que concierne á la familia del Salvador. Pues bien, no cita ni una sola vez á María en sus epístolas, no dice ni una sola palabra que á ella se refiera. Véase el contraste que hace ese silencio con la mitología ortodoxa. ¡Para ésta, María es, en cierto modo, una cuarta persona de la Trinidad; y el apóstol que ha echado los cimientos del dogma cristiano, no sabe nada de la Esposa del Espíritu Santo, nada de la Hija y de la Esposa del Padre, nada de la Madre del Hijo! Los Padres de la Iglesia, aun cuando escribían en una época en que el dogma de la Trinidad estaba ya formulado, hablan de María con muy poca admiración. Tertuliano confiesa que Jesús rechazó á su Madre. Citaremos sus palabras, para poner la realidad en lugar de las fábulas católicas: "Los hermanos del Señor no habían creído en él. *Tampoco se ve que su madre le fuese muy afecta*, mientras que otras, María y Marta, formaban parte de su sociedad; y aquí es donde aparece su incredulidad. Cuando enseñaba el camino de la vida, cuando predicaba el reino de Dios, los extraños tenían los ojos fijos en él, mientras que sus parientes le abandonaban..." (2). San Crisóstomo insiste muchas veces en sus homilias en la escena que inspiró á Tertuliano las reflexiones que acabamos de copiar. El Padre griego ve en la conducta de María una necia vanidad; dice que quería hacer ver al pueblo que ejercía autoridad y dominación sobre su Hijo, *de quien todavía no se había formado una gran idea*. "Ved, pues, cuál era su temeridad y la de sus hermanos." San Crisóstomo explica después que Jesús quiso curar á su Madre de esa vanagloria, convenciéndola de que, no solamente

(1) RENAN, *Vida de Jesús*, p. 421 y sig.—STRAUSS, *das Leben Jesu*, t. II, p. 547.

(2) TERTULIANO, *de Carne Christi*, c. VII (*Opera*, parte cuarta, p. 71).



era su Hijo, sino que era además su Maestro (1). Que se compare este lenguaje con la doctrina de los nuevos evangelistas. La mitología católica da á María cierta igualdad con el Padre y cierta superioridad sobre el Hijo, mientras que los Padres de la Iglesia la representan como una mujer vana, á quien su Hijo ha tenido que dar una lección (2).

El lenguaje de los escritores, á quienes la Iglesia honra como sus Padres, demuestra que en los primeros siglos, los más bellos del cristianismo, la devoción á la Virgen era todavía desconocida. Nuestros modernos teólogos enseñan que María completa la Trinidad, y la cristiandad primitiva ni siquiera la reverenciaba como santa. Cirilo de Jerusalén, que falleció en 380, nos dice que la Virgen no estaba inscrita en el número de los bienaventurados en el canon de la misa. Nada más natural cuando se dejan á un lado los fraudes piadosos de los escritores católicos y se atiende uno á la realidad de las cosas. Las primeras festividades fueron las de los mártires; se solemnizaba en ellas su muerte, á la que se apellidaba su nacimiento. ¿A qué título había de ser festejada María? Antes del siglo VII no se ve que se la rindiera culto. Los sermones de los Padres y los demás escritos que citan los devotos de María son apócrifos, fruto impuro de la simpleza y de la barbarie de los tiempos, como dice un sincero católico (3). Así es que para establecer su idolatría, los teólogos han tenido que apoyarse en el fraude y en la necedad. ¡Digno fundamento del nuevo Evangelio!

Hemos restablecido los hechos que se habían adulterado para acomodarlos á la superstición que el papa ha creído conveniente consagrar con su autoridad infalible. Para ello ha habido que alterar igualmente las creencias primitivas de la cristiandad, á fin de crear una tradición aparente para el nuevo dogma. La tradición es tan falsa como los hechos. “¿Quién puede dudar, dice monseñor Malou, que los apóstoles vieron en María la mujer ilustre y misteriosa que Dios había prometido á nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, y

(1) CHRYSOSTOMO, *Hom. XLIV (XLV) in Math.*, § 2 (Opera, tomo VI, p. 467 y siguientes).

(2) En DURAND, *La infalibilidad de los papas cogida en flagrante delito de falsedad*, se pueden ver otros pasajes de los Santos Padres, p. 249 y siguientes.

(3) BORDAS-DEMOULIN, *los Poderes constitutivos de la Iglesia*, páginas 81, 82.

que debía, según aquella promesa, aplastar un día la cabeza de la serpiente?” (1). Esto afecta á la esencia del cristianismo tradicional; se trata del misterio de la caída y de la Redención. El obispo de Brujas se atreve á escribir “que María vino á reparar los males que nos había causado nuestra primera madre; que nos ha devuelto la libertad de hijos de Dios, y nos ha abierto las puertas del cielo: todo lo que habíamos perdido por la falta de Eva nos lo ha restituido María.” ¡María sería, por consiguiente, la Redentora del género humano! Monseñor Malou no se atreve á decirlo con todas sus letras; no se aventura á más que á decir que es *corredentora* (2). Para conocer todo el pensamiento del nuevo Evangelio, es necesario oír á uno de esos bravos de la Iglesia; esto tendrá la ventaja de distraer un instante al lector en este ya enojoso asunto. M. Augusto Nicolás dice “que en la obra de la reparación, el hombre no se basta á sí mismo, que es necesaria la mujer.” El hombre que no basta es Jesucristo, es decir, Dios; la mujer que le era necesaria para salvar al género humano es la Virgen María. ¡De ese modo se ve claro que Dios es impotente para la salvación de los hombres, que necesita el Creador el auxilio de la criatura! Y la demostración es deliciosa: “Dios, después de haber hecho al hombre, dijo: No es bueno que el hombre sea solo; démosle una compañera semejante á él.” Y Dios formó la mujer de una costilla del hombre, á fin de que su unión, tomando el sentido de esa extracción, pudiera decir el hombre, viendo á la mujer: *Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mis carnes*. Y en la obra de la reparación, echando Dios mano de todo lo más radical que hay en la naturaleza humana, y empleando todos los recursos propios de la humanidad para su curación, ¡habría de haber separado lo que él había unido! ¡Habría estado solo el hombre! ¡No habría tenido una compañera semejante á él!” (3). Ese hombre es el de la reparación, es Jesucristo, es Dios. ¡Por consiguiente, Dios ha necesitado el auxilio de la mujer para salvar la humanidad!

Un ministro protestante califica esta doctrina de *monstruosa blasfemia* (4). Bajo el punto de vis-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. 346.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. 220, 223.

(3) AUG. NICOLÁS, *la Vierge Marie*, p. 249 y siguientes.

(4) POINOT, *Refutación del dogma de la Inmaculada*, p. 83, edición francesa.

ta del cristianismo primitivo, tiene mucha razón. Se necesita una singular audacia para apelar á los apóstoles, como lo hace monseñor Malou. ¿Dónde está el apóstol que ha enseñado que María es *corredentora* del género humano? No hay más que uno, uno solo que se haya preocupado de esas graves cuestiones, San Pablo, y éste no pronuncia el nombre de la Virgen. Lo que dice de la Redención excluye toda idea del concurso por parte de la mujer. Recordemos á nuestros doctos teólogos, ya que las olvidan, las formales palabras del gran apóstol: “Jesucristo solo nos ha rescatado de la maldición; *Él solo* es el que nos libra de la cólera en el porvenir, porque su sangre nos purifica de todo pecado. Por *Él solo* es por quien tenemos la paz con Dios, y por quien ya no hay condenación para nosotros.” Digasenos ahora dónde hay lugar en esa doctrina para la cooperación de María (1).

Eso un obsta para que el papa diga en su bula “que la bienaventurada Virgen, tan hermosa como inmaculada, ha aplastado la cabeza venenosa de la cruel serpiente y traído la salvación al mundo.” (2). El papa añade “que ella es la mediadora y la abogada más poderosa del universo entero para con su hijo.” De este modo tenemos dos mediadores, Jesucristo y María; y no es á Jesucristo á quien debemos dirigirnos, sino á María, que es la mediadora entre Él y nosotros. “Asombroso concierto de la economía cristiana,” exclama monseñor Laforet (3). Extasiense como gusten los teólogos con esa mitología, pero que no llamen economía cristiana á una superstición extraña á Jesucristo. Si María es mediadora entre Este y el género humano, dice un filósofo católico, ¿cómo es que en el Evangelio no ejerce esas funciones? ¿Por qué el leproso pide directamente su curación á Jesús, en vez de suplicar á María que se la pida por él? ¿Cómo no se cuida nadie de emplearla como tal mediadora para obtener del Cristo lo que quiere que fuese? Una sola vez, en las bodas de Caná, quiso ella misma darse aquel empleo, y bien sabido es de qué manera la acogió su Hijo: “*Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?*” (4).

Los escritores católicos, por más que sean filó-

(1) S. PAUL, *ad Galat.*, III, 15.—*I ad Thesalon.*, I, 10.—*ad Rom.*, V, 1; VIII, 1.—*San Juan*, I, 7, 9.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 525.

(3) LAFORET, *le Dogme catholique*, t. III, p. 43.

(4) BORDAS-DEMOULIN, *les Pouvoirs constitutifs de l'Église*, página 72.

sofos, no comprenden que la superstición que censuran tiene su origen en el dogma de su Iglesia. Lo que los beatos adoran como un admirable concierto es una creencia propia de la infancia de la humanidad, que necesita un intercesor para con aquellos que distribuyen las gracias. Todo cristiano ortodoxo admite que Jesucristo es ese mediador; y si tiene un favorito, ¿por qué no había de tener una favorita? Verdad es que Jesucristo es Dios; y bien, María será una diosa. Si se quiere tocar con el dedo todo lo que hay de pueril en la idea de la mediación, oigamos á San Bernardo: “¡Oh hombre! Tú temes acercarte al Padre; aterrado con el solo sonido de su voz, te ocultas tras el follaje; El te ha dado á Jesús por mediador. ¡Qué no puede obtener tal Hijo cerca de tal Padre! Pero ¿es que también temblarías cerca de El? Vé, que es tu hermano, que es tu carne, que ha experimentado de todo, menos del pecado, para ser misericordioso en todo. Pero quizás en ese mismo hermano temes á la majestad divina, porque si bien se ha hecho hombre, no ha dejado, sin embargo, de ser Dios. ¿Quieres tener también un abogado cerca de El? Pues no tienes más que recurrir á María. En María, ciertamente, no hay más que la pura humanidad, por más singular que sea la prerrogativa á que ha sido elevada. No vaciles, que ella será escuchada en consideración á su maternidad. El Hijo escuchará á la madre, y al Padre escuchará al Hijo.” (1). No se diría sino que es un pobre suplicante, el cual se dirige á la favorita del ministro, quien se dirige después al rey. ¡Y todavía no basta esto á los pueblos en la infancia! No tiene acceso á la favorita todo el que quiere, y es preciso hacer la corte á la doncella ó al lacayo de la señora. De ahí los santos y las santas. Nosotros comprendemos esa mitología en las tinieblas de la Edad Media; ¡pero en el siglo XIX! ¡Ah! ¿se creería que la bestialidad humana hace también progreso? San Bernardo pasaría hoy por un racionalista, es decir, por una especie de ateo.

#### N.º 2.—Simpleza de la Inmaculada Concepción.

##### I

Al leer la bula que promulga el nuevo dogma y los libros eruditos que explican la piadosa creencia,

(1) S. BERNARDI, *Sermo in nativitate Beatae virginis Mariae*.



se cree uno transportado al círculo de las brujas de Goethe, "donde se oye hablar á todo un coro de 100.000 locos," (1). ¿Qué es la Inmaculada Concepción? Una simpleza como las que se oyen en los manicomios. Primero hay que creer que la concepción de todos los hombres está manchada, y después, por una gracia especial, que no lo está la de la Virgen. ¿Que es una concepción manchada? ¿Cómo puede una mancha ennegrecer la obra de la naturaleza, es decir, de Dios? ¿Es impura la materia de que está formado el cuerpo? ¿O lo es el alma? No puede ser el alma, responden los ultrarortodoxos, puesto que sale inmediatamente de las manos de Dios. Tampoco puede ser el cuerpo, porque no estando aún animado, no es capaz de culpa. Y ¿cómo el compuesto de dos elementos puros puede ser impuro? Nada más sencillo. Escuchad á Augusto Nicolás: "En el mismo instante en que el cuerpo y el alma se unen, producen por su unión un hijo de Adán; y basta que sea hijo de Adán, para verse envuelto en el desorden de su padre," (2).

La explicación no es muy luminosa. ¿Por qué un alma pura ha de estar manchada porque á Adán se le antojase pecar? Es que hay un misterio escondido, el pecado original. ¿Quién nos ha revelado ese misterio? La Sagrada Escritura. Y ¿qué es lo que nos dice la Sagrada Escritura? Nada, sino que Adán comió una manzana. Van á verse las consecuencias espantosas que nacen de esa falta. Vosotros creéis que os dió la vida vuestro padre. Profundo error que es necesario echar á un lado si os interesáis en vuestra salvación: *El que nos engendra nos mata*. Nosotros recibimos al mismo tiempo y de la misma raíz la vida del cuerpo y la muerte del alma. Y no es un escritor de sacristía el que habla, es el águila de Meaux. Estamos agradecidos á nuestra madre, porque nos llevó en su seno... ¡Deberíamos maldecirla!... "¡Ah! cuando éramos niños, sin inteligencia y sin movimiento, ya estábamos rebelados contra Dios. Aun no habíamos visto la hermosa luz del día, y condenados por la naturaleza á una sombría prisión, *estábamos ya condenados por decreto de la justicia divina* á una prisión más negra, á más densas tinieblas, á tinie-

(1) GOETHE, *Faust*: «Ein ganzes Chor von hunderttausend Narren sprechen.»  
(2) AUG. NICOLAS, *la Virgen María según el Evangelio*, t. II, página 114, ed. francesa.

blas horribles é infernales," Bossuet, aunque es pantado de esos horrores, se atreve á añadir: "Justamente, si, justamente, si, porque vuestros juicios son muy justos, ¡oh Dios Eterno!" (1).

¡Qué idea de la justicia divina! ¡Un ser sin conocimiento está condenado al infierno por la única razón de que desciende de Adán! ¡Por qué crea Dios seres tan desgraciados! Los librepensadores creen que Dios crea á los hombres para que vivan y vayan siempre perfeccionándose en una existencia infinita. ¡Qué locura ó qué impiedad! Nuestro destino no está en la vida, está en la muerte: "Las santas letras nos dicen que hay una ley suprema á la que llaman *ley de muerte*; que hay un decreto de condenación dado indiferentemente contra todos, y que para estar sometidos á él basta haber nacido." ¿Es acaso que la muerte sea simplemente el momento terrible en que dejamos todo lo que nos es querido? Las angustias de la agonía son una felicidad celeste en comparación de lo que vendrá después: "Deplorable condición de nuestro origen, que por un largo encadenamiento de miserias que nos agobian en esta vida, nos lleva á un suplicio eterno por un justo é impenetrable juicio de Dios," (2). Tal es la condición de todo lo que nace. San Pablo habla en términos tan universales de la maldición común á toda nuestra naturaleza, que parece imposible eximir ni aun á la Santísima Virgen: "Todos han pecado, dice, y todos han muerto en Adán," (3).

Sobre esta horrible doctrina es sobre la que está fundado el dogma de la Inmaculada Concepción. Oigamos la buena nueva predicada por nuestro evangelista: "Dios nos aborrece (antes del bautismo), nos considera como sus enemigos y nos trata como tales, porque hemos sido creados en un estado de amistad con el diablo y de enemistad con Dios. Nacemos sometidos á la maldición divina, nacemos con la muerte en el alma: estamos malditos en nuestra concepción," (4). Por horrorosa que sea esta creencia, es lógica y se comprende. En el camino del absurdo, lo costoso es dar el primer paso. Pero si el pecado es universal, como dice San Pablo, ¿por qué milagro se ha exceptuado de él la Santa

(1) BOSSUET, *Sermón acerca de la Concepción de la Virgen* (*Euvres*, t. VI, p. 619, 629).  
(2) BOSSUET, *Segundo sermón* (*Euvres*, t. VI, p. 639).  
(3) San Pablo á los Romanos, v, 12.  
(4) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 189, 193.

Virgen desde el instante que fué concebida? Aceptamos el milagro, pero al menos sería necesaria una prueba de que Dios lo ha hecho; ¿dónde está escrito? En la Escritura y por la misma mano de Dios, responde la bula. Esto nos conduce al terreno de la simpleza. Es casi una liberación después que se han oído los horrores que nos han contado los teólogos católicos acerca de la maldición divina que cae sobre todos los hombres desde el momento que existen.

¿La Sagrada Escritura nos revela que la Virgen ha sido concebida sin mancha del pecado original? La pregunta sola es un contrasentido, porque los libros santos que se invocan nada saben de María é ignoran igualmente el pecado original. El docto Petau, cuyos escritos, según la expresión de monseñor Malou, vivirán tanto como la teología, es de opinión que los libros santos no dan testimonio alguno de la Inmaculada Concepción. ¡Pero qué sirve la ciencia! El más docto de los jesuitas se ha engañado completamente, si escuchamos á la multitud de teólogos que exclaman á porfía que la Inmaculada Concepción está revelada por la Escritura en términos precisos y de mil maneras diferentes (1). Es decir que un hombre que ha pasado su vida enseñando la Sagrada Escritura declara que no se encuentra en ella una palabra concerniente á la piadosa creencia, mientras que la masa de los teólogos afirma que está allí comprobada en términos expresos y en mil pasajes. Si se engaña el padre Petau, ¿será que los teólogos tengan razón? No; los unos y los otros se engañan. Hé aquí á Belarmino, el ilustre controversista, declarando que no hay palabra expresa de Dios que demuestre la Inmaculada Concepción. ¿Es que Belarmino está de acuerdo con Petau? Nada menos que eso: Belarmino encuentra razones probables, tomadas en primer término de las Sagradas Escrituras (2). La probabilidad implica duda, y, en efecto, Gueranger dice que los diversos textos de la Escritura, alegados por los defensores de la piadosa creencia, no forman una demostración evidente (3). ¿Está en lo cierto el nuevo benedictino? Tampoco; el padre Passaglia, que ha explorado con tanto éxito el vasto campo de la tradición católica, según dice mon-

señor Malou, sostiene que el privilegio de la Virgen está revelado en la Escritura con términos claros y precisos, pero solamente en un pequeño número de pasajes (1).

¡Qué admirable armonía reina en el seno de la Iglesia católica! Dirijámonos al papa, el intérprete infalible de la palabra de Dios: ¿quién no esperaría del infalible una decisión clara y precisa? Sepamos si la Escritura revela la piadosa creencia. Pues el santo padre no responde ni sí ni no: invoca simplemente la interpretación de los Padres de la Iglesia, los cuales dice que enseñan que la Escritura revela, abierta y claramente, la Inmaculada Concepción (2). Resumiendo el pensamiento de Pío IX, hasta le hemos dado una precisión que el texto está muy lejos de tener. El mismo monseñor Malou se ve embarazado para explicar lo que el soberano pontífice ha querido decir: según él, los testimonios de la Escritura no forman argumento aparte, sino solamente en tanto que están ligados á los testimonios de los Santos Padres, los cuales determinan el sentido. El obispo de Brujas tiene buen cuidado de añadir su fórmula habitual: *si me es permitido hablar así* (3). ¡Estamos bien adelantados! Felizmente tenemos un evangelista del nuevo dogma; monseñor Molou nos va á sacar del conflicto. Hay dos pasajes en la Escritura que se refieren á la Inmaculada Concepción: "Las palabras del tercer capítulo del Génesis suministran un testimonio explícito y directo, una prueba material; un monumento formal de la revelación divina del misterio. Después la salutación angélica lo indica de una manera implícita é indirecta, pero clara y precisa." Esto es lo que monseñor Malou dice á la pág. 259 de su primer volumen. Á la pág. 217 es más afirmativo al hablar de la salutación angélica: "El sentido natural de las palabras, dice, indica claramente la Inmaculada Concepción." Un texto claro ¿no es un testimonio explícito y directo en favor de la piadosa creencia?

Tenemos afirmaciones contradictorias. No nos falta más que asistir al debate y oír las razones. ¡Razones! Nosotros olvidamos que es la locura con cascabeles la que preside á la docta asamblea de los teólogos. No importa, escuchemos; si no sali-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. 244.  
(2) BELLARMIN, *de Ammissione gratia*, IV, 15 (*Disputat. theolog.*, t. IV, p. 291, ed. de Colonia).  
(3) GUERANGER, *l'Immaculée Conception*, t. I, p. 59.

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. 244.  
(2) Véase la Bula en MALOU, t. II, p. 513 y siguientes.  
(3) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. 246.